

EDITORIALES

El PSOE, en la pendiente

La dirección trata de buscar el norte tras los últimos contratiempos y errores

No es fácil recomponer la figura tras perder el poder, y el PSOE, abruptamente separado del gobierno en noviembre de 2011, muestra todavía más dificultades de las esperadas para rehacer su andadura y constituirse en una leal y eficiente oposición, tan necesaria en un periodo de tan grave crisis como el actual. Lo cierto es que el principal partido de la oposición está visiblemente desorientado, no solo sin un bagaje que aportar sino también sin un rumbo preciso que haga de él una referencia y que transmita seguridad a sus partidarios. En las últimas semanas, los contratiempos del PSOE han sido varios y los errores, garrafales. La dirección del partido no ha sido capaz de encarrilar un debate constructivo con el PSC para adoptar una posición común frente al soberanismo nacionalista y los diputados catalanes han acabado violentando la disciplina de voto. Mientras sucedía este desaguisado, el socialismo gallego optaba por celebrar primarias para su renovación, en contra de la opinión de Ferraz y de los estatutos del partido. Y para culminar el desastre, el número tres del aparato socialista federal impulsaba la descabellada moción de censura en Ponferrada, de la mano de un condenado por acoso sexual en el propio ayuntamiento ponferradino. Este naufragio en toda regla no beneficia a nadie por la sencilla razón de que han pasado los tiempos en que las preferencias políticas de los ciudadanos se ajustaban a la ley de los vasos comunicantes: ahora pierde crédito el gobierno al desgastarse pero no lo adquiere automáticamente la oposición. Más bien la mala política acrecienta el desafecto que la ciudadanía siente hacia lo público y hacia una clase política que, en general, no parece estar a la altura de los requerimientos. En el concreto caso del PSOE, los actuales dirigentes, que fueron los que perdieron el poder por su respuesta a la crisis, tienen ostensibles dificultades para recuperar la credibilidad, por lo que parecería lógico que auspiciaran una renovación a cargo de las generaciones nuevas y con renovado bagaje de ideas y propuestas. De cualquier modo, hay un clamor social en pro de la apertura de los partidos, de la participación de las bases y de la transparencia que deberá ser acatado si las fuerzas políticas, el PSOE entre ellas, no quieren quedarse al margen de la realidad y apeadas del futuro.

El renacimiento chino

Clausurando el último periodo de sesiones del parlamento chino, el nuevo presidente, Xi Jinping y el nuevo primer ministro, Li Keqiang, presentaron un amplio programa de reformas para la próxima legislatura que describieron como su contribución al gran renacimiento de la nación china. La palabra, sin duda cuidadosamente escogida y sopesada, parece confirmar el tono casi abiertamente nacionalista y de reafirmación histórica que ha sido frecuente en el proceso de transición de un liderazgo a otro, a modo de familias, que se produce en el Partido Comunista, único legal y verdadera columna político-institucional del sistema. Xi Jinping ha sugerido ciertos cambios en algunas áreas, como el trato dado a opositores o desviacionistas, tratados inicualemente por el régimen, y el primer ministro, como su antecesor, Wen Jiabao, promete una política más eficaz y mejor distribución de la renta. De hecho, continuidad a toda prueba y escasas posibilidades de genuinas novedades en un tono que, al hilo de las diferencias territoriales con Japón, permitió ciertos excesos patriótico-nacionalistas que no permiten augurar nada bueno.

SUR

Edita: Prensa Malagueña S.A. Director General José Luis Romero

Director

Manuel Castillo

Director de Publicaciones Pedro Luis Gómez

Subdirector

Javier Recio Villalobos

Adjunto a la Dirección (Economía)

José Vicente Astorga

Mesa de Redacción

Elena de Miguel

(JEFA DE INFORMACIÓN),

José Miguel Aguilar

(JEFE DE EDICIÓN),

Luis Moret (MULTIMEDIA),

Ana Barreales (INTERNET),

Antonio Ortín (MÁLAGA),

María Eugenia Merelo

(CULTURAS Y SOCIEDAD),

Juan Antonio Morgado

(DEPORTES),

Héctor Barbotta

(MARBELLA),

Fran Ruano (ARTE Y DISEÑO)

Director de Control de Gestión

Hugo Ferré

Director de Marketing

Joaquín Cestino

Director Técnico

Fernando de Gálvez

Publicidad

CMSUR S. L.

Director Comercial

Jorge Artero

LA TRIBUNA

Rescatadores pasivos

ALBERTO RUIZ OJEDA

PROFESOR TITULAR DE DERECHO ADMINISTRATIVO DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

La regulación de sectores productivos es una forma de redistribución de rentas, que puede aplicarse alternativa o simultáneamente a los impuestos



Las utopías políticas nos tenían acostumbrados hasta la fecha a una forma común de redentorismo, el forzoso, o sea, que los súbditos deben ser salvados no sólo a su pesar, sino en contra de su voluntad. Según este patrón elemental del totalitarismo, los mesías esclarecidos determinan hacia qué paraíso dirigir nuestros pasos y qué camino nos lleva hacia él. No debemos excluir, sino todo lo contrario, que las democracias basadas en el predominio de los partidos consigan la perdurabilidad de las esencias totalitarias, aunque bajo formas nuevas y paradójicas, como la de convertirnos en redentores o rescatadores a la fuerza. Intento explicar por qué y cómo.

Redistribuir es la finalidad propia de toda acción política y, además, lo es intencionalmente en cuanto a las consecuencias que se buscan. Los mercados también redistribuyen, pero sus efectos redistributivos son imprevisibles y, en la medida en que los agentes lo perciben, actúan en ellos sin intenciones redistributivas relevantes y, por tanto, mediante la búsqueda del propio interés, e incluso del ajeno, según juicios de valor subjetivos y pautas de actuación voluntarias. La democracia es, per se, una forma de redistribución ya que, si los votos de los ciudadanos valen lo mismo con independencia de su renta, la formación de mayorías será precisamente el instrumento para transferir rentas desde unos a otros. Muy rudimentariamente expuesta, ésta es la idea central de los impuestos: pretium pacis emptae, el precio por el que se compra la paz social si entendemos, lo cual es discutible, que ésta se consi-

cribe al sector público y llega sin dificultad a esos aledaños que suelen denominarse empresas privadas reguladas.

En efecto, la regulación de sectores productivos es una forma de redistribución de rentas, que puede aplicarse alternativa o simultáneamente a los impuestos, pero con una importante diferencia: la redistribución no se lleva a cabo de la misma manera ni con el mismo nivel de explicitud y, sobre todo, no guarda relación directa con el principio de capacidad contributiva, referencia indispensable de cualquier sistema fiscal pretendidamente justo. Mediante regulación, los sujetos con menor renta individual pero mayor capacidad contributiva en su conjunto pueden llegar, y de hecho llegan, a subvencionar a los que tienen mayor renta individual pero menor renta conjunta. Dicho de otro modo, la regulación anula, total o parcialmente, el

efecto redistributivo de la regla de la mayoría, ya que asigna la capacidad de decisión a unos pocos de rentas altas pero elevada capacidad de negociación con los políticos, en detrimento de unos muchos de rentas bajas. Como efecto propio y no meramente colateral del empleo de la regulación, los partidos políticos incorporan a sus códigos de conducta corporativa la gestión del flujo de sus partisanos sobre los sectores industriales regulados. El trasiego de sobres y de prebendas es sólo una parte, tal vez sólo la más visible, de una realidad estructural y profunda como es la recíproca dependencia entre los partidos políticos y las empresas reguladas, que trasciende las permutas provocadas por los vaive-

nes electorales para alimentar por igual a quienes dominan en comandita el panorama partisano y económico.

Y ahora volvemos a principio. Cuando se adopta una decisión política dirigida a rescatar sectores empresariales denominados estratégicos, los políticos no hacen otra cosa que rescatarse a sí mismos pero, claro está, con el dinero ajeno, el de unos rescatadores pasivos, los usuarios y consumidores de las empresas reguladas, que jamás quisieron ni querrán hacer engordar a su costa a los que aseguran el sustento de una clase política atrincherada en los partidos, supuestamente pensados para nutrir de capital humano a la organización pública de la democracia redistributiva. Literalmente, los gobernantes se convierten en enemigos de los gobernados, a quienes sólo conviene mantener como huéspedes parasitados y forzados. La buena vida es cara; la hay más barata, pero ya no es tan buena.

